LA LITERATURA FANTÁSTICA

*

FILOSOFÍA DE LA PERCEPCIÓN DE LA

LITERATURA Y EL ARTE

Isabel Almería Sebastián

LA LITERATURA FANTÁSTICA

Fantasía para mirar la realidad

Tatiana Kasatkina

FILOSOFÍA DE LA PERCEPCIÓN DE LA LITERATURA Y EL ARTE

Sobre el método de lectura de sujeto a sujeto

Traducción de Isabel Almería Sebastián

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN ALTAIR

COLECCIÓN
STUDIA HMANITATIS
8

Director:
FIDEL VILLEGAS

TÍTULO ORIGINAL:
Философия восприятия литературы и искусства: О субъект-субъектном методе чтения
[incluido en la obra *Русская литература и философия: Пути взаимодействия*]
2018

Cubierta: Claude Lorrain, *Paisaje con Acies y Galatea*, frag., 1657

© Isabel Almería Sebastián. 2025
© Tatiana Kasatkina. 2025
© Isabel Almería Sebastián, de la traducción del ruso. 2025
© Fundación Altair. 2025

ISBN: 978-84-129525-4-4
DL: SE-689-2025

Ediciones de la Fundación Altair
Apartado postal 5056
41080-Sevilla (España)
libros@altair.edu.es

Impreso en España

Isabel Almería Sebastián

LA LITERATURA FANTÁSTICA

Fantasía para mirar la realidad

El presente ensayo es el fruto de una lectura repetida –y cada vez más apasionada– de algunas obras de la literatura fantástica que, en distintos momentos de mi vida, me han acompañado y enseñado muchas cosas, en la medida en que he sido capaz de mirarlas y comprenderlas.

En esta tarea de asimilación ha sido fundamental el trabajo que he realizado en estos años siguiendo el método de lectura «de sujeto a sujeto», elaborado y desarrollado por la filóloga rusa Tatiana Kasatkina. Hemos tenido la ocasión de colaborar en diferentes proyectos y siempre he aprendido de ella y con ella.

Para poder entender en qué consiste este método de lectura, acompañan a este ensayo dos breves textos de la misma Kasatkina. Uno de ellos es un trabajo teórico, de presentación del método, publicado por la Academia Rusa de las Ciencias, donde Tatiana trabaja en el departamento de Literatura Universal. El otro texto, más informal, es una conversación con un grupo de padres y profesores sobre el valor de la lectura en casa y en el colegio y con algunas indicaciones interesantes sobre el fenómeno de la literatura fantástica, razón por la que hemos decidido publicarlo junto a este ensayo.

INTRODUCCIÓN

SI ECHAMOS UN VISTAZO al panorama narrativo de las últimas décadas, podremos asistir al florecimiento y triunfo del género fantástico. Si bien las últimas tendencias españolas podrían dar a entender una regresión en este género, en realidad, entre los libros actualmente más vendidos del mundo, siguen estando las obras de literatura fantástica de Tolkien y Rowling. Y autores contemporáneos de éxito, como Brandon Sanderson y Laura Gallego se han revelado a través de la estela de este género.

Estamos acostumbrados, sin embargo, a asociar la literatura fantástica a los jóvenes y, muchas veces, este fenómeno carga con la etiqueta de "literatura juvenil" en las librerías. Es cierto que se trata de un género de moda entre el público joven (y diría que, visto que siempre nos quejamos de que los jóvenes leen cada vez menos, es un buen síntoma el que se registren muchos lectores jóvenes de literatura fantástica) y es también cierto que muchos de sus autores componen sus obras pensando en este público (pensemos en muchos de los libros de Laura Gallego o la serie de Percy Jackson, de Riordan Rick, con sus historias fantástico-mitológicas). Pero la literatura fantástica, como género literario, no puede circunscribirse solo a esta etiqueta, sobre todo, cuando se usa de forma un tanto despectiva por los lectores adultos, como si no tuviera nada que aportar a quien se con-

sidera ya un lector maduro. Seguramente esta percepción viene del mismo adjetivo, *fantástica,* que puede parecer a los lectores «adultos» una huida de lo que ellos mismos llaman «realidad». Nada más lejos de la realidad. Y de la fantasía. Porque la literatura fantástica (al menos la que ya podemos considerar clásica) tiene mucho que aportar a lectores jóvenes y adultos. Y, en cuanto al mundo fantástico, es siempre una puerta para acercarnos a una realidad más real que la que así llamamos, porque, en la mayor parte de las obras, es la puerta que nos abre a nosotros mismos.

Lo fantástico ha formado parte de la literatura desde sus orígenes. Los mitos de la antigüedad estaban llenos de elementos fantásticos pero no por ello eran considerados literatura no-realista. Más bien al contrario, el mito servía para profundizar en el conocimiento de una realidad que se vivía en la materialidad cotidiana, pero que estaba cargada de trascendencia.

Fue con el desarrollo del racionalismo cuando los autores de literatura empezaron a mirar, primero con desconfianza y más tarde con manifiesto desprecio, a la fantasía, es decir, a todo elemento que fuera inexplicable o irreducible a la medida de la razón humana. Hasta que, el a sí mismo proclamado Realismo, puso fin a los últimos coletazos románticos de quienes aún anhelaban alcanzar la trascendencia. Y toda manifestación de literatura fantástica – es decir, de literatura que hablara de algo más allá de la medida humana- se consideraba ya como algo a superar, inmaduro, «joven», en suma, falto de seriedad.

Esta ha sido nuestra herencia literaria –con la excepción, quizá, de los escritores latinoamericanos representantes del "realismo mágico" en los primeros años del siglo XX–: la literatura seria es la realista, es decir, aquella que explica y refleja lo que el hombre vive en su cotidianidad, la que habla de sus pasiones, de su trabajo, de sus relaciones…, de aquello con lo que todos pueden sentirse identificados, sin necesidad de hacer preguntas difíciles o trascendentes, porque, en el fondo, la vida es lo que es, lo que se ve, se siente y se toca. Todo lo demás es pura fantasía.

¿Qué ha pasado entonces para que los lectores del nuevo siglo –y de finales del pasado– hayan vuelto sus ojos a lo fantástico? ¿Cuál es la razón de que esos elementos que han estado siempre presentes o latentes en la literatura se hayan unido ahora hasta el punto de configurar un universo literario que ha adquirido la categoría de género? ¿Quizá hemos involucionado? Probablemente sí en muchos aspectos, pero no es esa la razón que explica este fenómeno. Más bien al revés: la medida humana, la razón y el mundo meramente humano, en el que el hombre es el único criterio y el único marco, ha llegado a su límite, porque –¡oh, verdad incómoda!– el hombre es limitado. Y, por grande que hayan sido sus avances, por inmensa que se muestre su capacidad[1] –para el bien y el mal–, toda la voluntad humana no puede obtener un solo hilo de salvación.

---

[1] Cfr. H. Ibsen, *Brand,* Ediciones Encuentro, Madrid 1997, pág. 164.

El hombre necesita ventanas abiertas al infinito. La crisis antropológica en la que nos han sumido las ideologías de los últimos siglos, haciéndonos pensar que el inicio y el destino de la vida está en nuestras manos, nos ha llevado a un callejón aparentemente sin salida, mostrándonos, además, la insuficiencia de todo intento humano de dar respuesta a la vida. Estamos viviendo un hastío de nuestra propia humanidad y, la lectura realista, solo incrementa esa sensación de insuficiencia.

¿Es entonces la literatura fantástica una vía de escape, simplemente una evasión de esa realidad que ha dejado de gustarnos? Muchos piensan así. Pero los seres humanos seguimos siendo inteligentes, a pesar de todo, y no leemos solo con la intención de evadirnos (incluso aunque muchos lectores incluyan esta razón en su lista de razones para leer). Cuando leemos una novela, un relato, un poema, nuestro cerebro se activa, aunque no lo queramos, nuestra conciencia busca, indaga y desea aprender más que huir. Para la mera evasión ya tenemos muchos medios audiovisuales y electrónicos. La lectura supone siempre un esfuerzo intelectual que supera esta razón. Así que, aunque pueda tener la capacidad quizá de hacer que olvidemos por un rato los "problemas" que nos llenan la cabeza, no quiere decir que nos ayude a escapar de la vida.

Teniendo todo esto en cuenta, podemos entender más el éxito de la literatura fantástica si nos introducimos un poco en sus características generales.

El género fantástico recupera y supera la intención de las antiguas narraciones. Recupera porque trata de explicar una verdad universal o un comportamiento humano trascendente, como hacían los mitos o los cuentos de hadas (al menos antes de que –Disney primero y ahora la tendencia "anti-trauma de la infancia"– los endulzaran y los privaran de su verdadero contenido). Y la supera porque es capaz de crear todo un mundo nuevo para explicar el antiguo, con un lenguaje propio que ahora se ha vuelto más universal que nunca y del que forman parte, por primera vez en la historia de la lectura, las nuevas generaciones de un mundo global, lo que puede configurar una mentalidad cultural compartida y no local (pensemos sólo que *El Señor de los anillos* ha sido traducido a más de cuarenta lenguas y la saga de *Harry Potter* supera las sesenta traducciones).

Aunque la literatura fantástica crea mundos imaginarios, no es una literatura cerrada en sí misma; más bien al contrario, pues desde el principio crea un vínculo con el lector del mundo real, precisamente a través de las cosas aparentemente menos reales. Entrando en ese mundo, acabamos conociéndonos más a nosotros mismos; luchando con las malvadas criaturas que lo habitan aprendemos a enfrentarnos a nuestros propios monstruos (¿y quién no tiene monstruos en el armario?); dejándonos envolver por la magia aprendemos a valorar las cosas que superan nuestra razón y nuestra medida.

Por otro lado, estos mundos propios crean un lenguaje nuevo para hablar de las cosas esenciales. Es lo que siempre ha hecho la literatura a través de la alegoría. Y

así, en una sociedad que elude siempre el problema del dolor o de la muerte, estos libros nos hablan del sentido de la lucha, del valor de la vida, de la trascendencia de la muerte y de la dignidad del sacrificio personal.

Finalmente, la literatura fantástica educa a sus lectores en la forja de una nueva personalidad, basada en un modo nuevo de relacionarse con el mundo. Porque en el reino de Fantasía nada se deja dominar, ni los seres que lo pueblan ni su naturaleza, ni sus estructuras. El hombre aprende a relacionarse con un mundo que se le ofrece y le acoge, pero que no le pertenece (en el sentido de que no puede poseerlo ni dominarlo, y de hecho, cuando lo intenta, es cuando surgen todos los problemas). Cuando los objetos inanimados cobran vida y aprendes que algunos libros solo se abren acariciándolos y no forzándolos, aprendes a tratar bien la materialidad de las cosas; cuando los caminos o las escaleras cambian de dirección a su voluntad o según una lógica desconocida, aprendes a no dar por supuesto que has entendido ya los caminos de la vida; cuando los árboles hablan y se defienden de las hachas y el fuego, aprendes a respetar la fuente de la vida y el ciclo de la naturaleza y, en fin, al vivir en un mundo que no puedes dominar, aprendes a tratar el propio mundo con una apertura, con una pregunta, con un respeto, como algo fuera de ti, que te completa y te acompaña[2].

---

[2] Podemos encontrar esta idea en Tatiana Kasatkina, en sus conferencias sobre la literatura fantástica y, en especial, sobre la saga de Harry Potter (algunas de estas conferencias, en formato de audio en

Entremos ahora, con paso decidido, a este mundo de Fantasía, para descubrir alguno de sus rasgos más característicos. Para ello, nos ayudaremos de algunas de las grandes obras de literatura fantástica, si bien hay que aclarar que este ensayo no tiene una intención de exhaustiva crítica filológica, sino que nace de la intuición del lector amante de este género. Por eso mismo, los ejemplos a los que se aludirá, son los elegidos por quien

---

lengua rusa e italiana, están alojadas en la página web de la asociación Il mondo parla: https://www.ilmondoparla.com). También en algunos escritos de Tolkien, por ejemplo, en su ensayo *Sobre los cuentos de hadas*, donde encontramos las siguientes expresiones:

«La Renovación (que incluye una mejoría y el retorno de la salud) es un volver a ganar: volver a ganar la visión prístina. No digo "ver las cosas tal cual son" para no enzarzarme con los filósofos, si bien podría aventurarme a decir "ver las cosas como se supone o se suponía que debíamos hacerlo", como objetos ajenos a nosotros. En cualquier caso, necesitamos limpiar los cristales de nuestras ventanas para que las cosas que alcanzamos a ver queden libres de la monotonía del empañado cotidiano o familiar, y de nuestro afán de posesión».

«La fantasía creativa, por cuanto trata de forma fundamental de hacer algo más –de recrear algo nuevo–, es capaz de abrir nuestras arcas y dejar volar como a pájaros enjaulados los objetos allí encerrados. Las gemas todas se tornarán flores o llamas, y será un aviso de que todo lo que poseíais (o conocíais) era peligroso y fuerte, y que no estaba en realidad verdaderamente encadenado, sino libre e indómito; sólo vuestro en cuanto que era vosotros mismos».

«Porque el narrador que se permite ser *libre* con la Naturaleza puede ser su amante, no su esclavo. Fue en los cuentos de hadas donde yo capté por vez primera la fuerza de las palabras y el hechizo de cosas tales como la piedra, la madera y el hierro, el árbol y la hierba, la casa y el fuego, el pan y el vino». (J. R. R. Tolkien, *Los monstruos y los críticos y otros ensayos,* edición digital Titivillus, traducción de Eduardo Segura, págs. 126 y 127).

escribe, teniendo también en cuenta que se trata de las obras más conocidas. No es, por tanto, un estudio detallado de este género narrativo, ni tiene la pretensión de serlo. Hecha esta aclaración, ahora sí, entremos en el mundo fantástico.